

“CLARIDAD”

necesita el apoyo
espiritual y material
de los
hombres libres.



CLARIDAD

Periódico Semanal de Sociología,
Crítica y Actualidades

Santiago, Noviembre 10 de 1923



CLARIDAD no tiene opinión oficial. Su única norma es la libertad, el respeto a todas las ideas. Su objeto es constituir la más amplia tribuna ideológica, a fin de ir creando conciencia en los individuos. Cada uno de los artículos que publica revela el sentir y pensar de su autor.

LOS MAESTROS Y LOS NIÑOS

Nadie encargado, como ellos, de más alta y valerosa misión. Pocos, como ellos, más azotados por la injusticia y el escarnio social. Se les aniquila en la diaria labor; después, en el hogar, la lucha sorda y cotidiana contra el destino inseguro, contra la miseria que acecha en cada recodo de la mala suerte. Sin embargo, ellos son los depositarios del más puro tesoro: el alma de los niños, arcilla dócil que toda palabra y ejemplo pueden modelar, única esperanza de perfección sobre la tierra. Deberían ser predicadores de alegría, de fuerza, de serenidad, en medio del milagro de la Naturaleza, y no en salas adustas como su ceño. Pero ¿qué podrían dar a los niños que no vaya impregnado del sedimento amargo de su propia desgracia, de su resignación desastrosa ante las fuerzas que apagan los anhelos de belleza y de verdad, la fe en la voluntad triunfante del hombre?

Aquí, donde la democracia es un pretexto para el arribismo, y la ley, el rancio privilegio de unos pocos levantado sobre el silencio y la cobardía de los más, se explica que nadie preste la debida atención a los maestros. La tontería general se ríe de ellos; la indiferencia de los que pueden se cruza de brazos. Se desconoce entre nosotros, sobre todo entre nuestros gobernantes, el concepto de la responsabilidad histórica. Se quiere hacer progresar la República con decretos administrativos. El verdadero progreso consiste en formar individualidades. Cada espíritu que se cincela y se emancipa es un paso adelante. Por eso la educación es lo primero, la base de todo. Un pueblo es grande cuando tiene buenos maestros. Y es en la casita humilde erguida en el suburbio hosco, o en medio de la aldea que se duerme a la sombra letal de la parroquia católica, donde se gesta el mundo nuevo, la religiosidad de la cultura, la defensa de la libertad.

Educar es siempre una función sagrada. Los que la ejercen deben ser los mejores, los más amparados por el respeto colectivo. Más importante que el honorable diputado del departamento, que el infatuado juez, que el zalamero e inútil señor cura, es ese hombre triste, de clásico traje raído, de sonrisa sumisa, que tiene que inclinarse a cada paso, saludar aquí, adular allá, esperando siempre lo imposible, es decir, la justicia; por-

que la vida es dura y el Estado es ciego. El resultado de esto lo estamos viendo. Con la ley de instrucción obligatoria todos aprenderán a leer y, acaso, a escribir. Pero el pueblo será siempre la piedra bruta que es necesario pulimentar. Faltará el toque de luz, la educación oportuna de los sentimientos, la formación de hábitos positivos. El maestro en su condición actual no tiene la autoridad moral, y por lo tanto, ni la más pequeña posibilidad de desarrollar íntegra y acertadamente su trabajo.

Si no se acude a tiempo a remediar este peligro, dejaremos perderse varias generaciones. Da risa observar a los que quieren reformar a Chile con dos o tres leyes de rótulos sonoros. Hay que ir al fondo, formar maestros de verdad que eduquen al pueblo. Toda renovación tiene que venir de abajo, de los niños, del pueblo. Nuestra vida social oscila entre dos polos: la aristocracia reluciente y el populacho paupérrimo. La primera ríe, en su decrepitud irremediable, por múltiples vicios importados de Europa; el segundo, degenerado por los tenaces vicios criollos. Ambos deben desaparecer a impulsos de la cultura. Solo seremos un pueblo libre cuando seamos un pueblo moral. La bondad ante todo, que lo demás vendrá de añadidura. Debemos sumar nuestro esfuerzo consciente al vago impulso que nos echa hacia adelante, muchas veces a despecho de nosotros mismos.

Preocuparnos de los maestros es atender al porvenir de los niños. Amasijos de promesas y de instintos, en vibrante virtualidad, todas las cosas posibles duermen en sus músculos todavía incapaces de sembrar, en sus balbuceos que anuncian el recio canto de la vida. Son ellos, los niños, la prolongación de nuestro íntimo anhelo confuso. Lo mejor de nosotros, lo que nunca conseguimos realizar, la palabra que debimos decir y callamos por hastío o por temor, el sueño que no pudimos trocar en obra perdurable: objeto serán de sus inquietudes próximas. Apenas si conseguimos abrir un camino. Ellos deben recorrerlo, agotar sus bellezas inéditas, traspasar nuestro horizonte último. ¿Qué importa la muerte si se salva la esperanza? Ellos son la esperanza. Haced que sean superiores a nosotros, más puros, más fuertes, más hombres. ¡No decía

VALORES SINDICALISTAS

En otras ocasiones lo hemos enunciado y lo reafirmamos hoy: el sindicato es esencialmente una agrupación defensiva de productores asalariados, determinada por el régimen capitalista. Y de aquí desprendemos dos conclusiones dignas de Pero Grullo, pero que a fuer de sabidas pasan desapercibidas, originando la desorientación en la acción de los trabajadores: al sindicato deben pertenecer únicamente los que viven de un salario, es decir, del pago de su trabajo manual o intelectual; esta es la primera verdad gorda como un astro. Y, los movimientos realizados por los sindicalistas deben efectuarse por la acción directa de los trabajadores y mediante la fuerza que les dá su organización funcional; esta es la segunda verdad gorda como otro astro.

Y coronando esto debemos sentar otros dos enunciados de negación: debe impedirse la incorporación al sindicato a todo individuo que viva del trabajo de otro, llámese patrón, contratista o “tratero”; y, debe abolirse en la lucha sindical el uso de los medios proporcionados por otro sistema de organización, como ser los suministrados por los partidos políticos, aunque estos estén constituidos en su mayor parte por trabajadores.

Traemos todo esto a colación, pues así podremos conocer una de las razones que explican el marasmo—o peor quizá—el retroceso, experimentado en los últimos años en el movimiento obrero del país. Decimos, una de las razones, porque ellas son muchas, siendo la fundamental la paralización de las faenas de extracción mineral, (salitre, carbón, cobre), de la cual derivó el estancamiento de la industria y el comercio (fabricación de tejidos, calzado, cecinas, embarque de carnes, verduras y frutas), pues el principal mercado consti-

Zaratustra que debemos redimirnos en nuestros hijos de ser hijos de nuestros padres. No los entreguemos, pues, sino a aquéllos que sean también superiores a nosotros: A maestros en toda la noble plenitud del vocablo. Y a los que tengan la vocación incomparable de ese apostolado, hagámosles, en medio de las mezquindades y turbulencias del egoísmo, un sitio de paz.

Eugenio GONZALEZ R.

tuido por las regiones salitrera y carbonífera no tenía compradores, ya que la gente del norte fué trasladada al centro y sur del país en calidad de albergados, que relajados y desorganizados por la cesantía, sirvieron para fomentar el lock-out dictado por los capitalistas del centro y sur de Chile contra sus obreros, en una forma brutal y sistemática (lock-out de la gente de mar de Valparaíso y de la región del carbón, por ej.)

Este malestar debido a la cesantía—o sea al exceso de brazos—ha sido la causa principal del decaimiento del movimiento obrero, ya que cuando hay exceso de trabajo y los brazos productores escasean, es cuando la lucha entre obreros y patronos se presenta más ventajosa para el proletariado, pues cuenta a su favor con la huelga que no puede ser rota por los obreros cesantes, que en este caso no existen.

Pero—a pesar de reconocer la importancia de la cesantía como determinante del marasmo o estancamiento de la agitación obrera—no podemos desconocer el valor de la constitución de los sindicatos, pues ella juega un rol esencial tratándose de movimientos de índole económica, los cuales predominan en las organizaciones funcionales revolucionarias.

Y pecan de este vicio todos los sindicatos del país. Con un pretexto u otro se introducen en ellos una serie de individuos no asalariados, dándose razones infantiles para justificar su presencia: se habla de que se necesita “cierta” independencia económica para ponerse al frente de un movimiento a objeto de poder resistir, en séguida, el boycott patronal; otras veces se justifica este vicio diciendo que son hombres “preparados” o de “ideas afines”, etc., etc.

Todo esto no sirve sino para fomentar un vicio que a la corta o la larga produce mayores daños que beneficios.

No negamos, en absoluto, la posibilidad de la capacidad y buena intención de estos pequeños patronos, pero nada compensa el daño que su presencia acarrea al sindicato.

Es preciso entonces tirar lejos estas “muletas” del proletariado organizado y—si bien es cierto—que la marcha será un poco vacilante al principio luego se enderezará y tendrá la ventaja de realizarse con las propias piernas.

Y si en realidad se encuentran

Nadie encarga, como ellos; de más alta y valerosa misión. Pocos, como ellos, más azotados por la injusticia y el escarnio social. Se les aniquila en la siaria labor; después, en el hogar, la lucha será y cotidiana contra el destino inseguro, contra la miseria que acecha en cada recodo de la mala suerte. Sin embargo, ellos son los depositarios del más puro tesoro; el alma de los niños, arcilla fácil que toda palabra y ejemplo pueden modelar. Única esperanza de perfección sobre la tierra. Deberían ser predicadores de alegría, de fuerza, de serenidad, en medio del milagro de la Naturaleza, y no en salas adustas como su celda. Pero ¿qué podrían ser los niños que no vayan impregnados del sedimento amargo de su propia desgracia, de su resignación desoladora ante las fuerzas que apagan los anhelos de belleza y de verdad, la fe en la voluntad triunfante del hombre?

Aquí, donde la democracia es un pretexto para el arbitrarismo, y la ley, el nudo privilegio de unos pocos levantado sobre el silencio y la cobardía de los más, se explica que nadie preste la debida atención a los maestros. La tentación general se ríe de ellos; la indiferencia de los que pueden se cruza de brazos. Se descansa entre nosotros, sobre todo entre nuestros gobernantes, el concepto de la responsabilidad histórica. Se quiere hacer progresar la República con decretos administrativos. El verdadero progreso consiste en formar individualidades. Cada espíritu que se ciñe y se expande en un paso adelante. Por eso la educación es lo primero, lo base de todo. Un pueblo es grande cuando tiene buenos maestros. Y es en la casita humilde erguida en el suburbio hondo, e en medio de la aldea que se duerme a la sombra letal de la parroquia católica, donde se gesta el mundo nuevo, la religiosidad de la cultura, la defensa de la libertad. Educar es siempre una función sagrada. Los que la ejercen deben ser los mejores, los más separados por el respeto colectivo. Más importante que el honorable diputado del departamento, que el infatigable juez, que el salarado e inútil señor cura, es ese hombre triste, de clásico traje raído, de sonrisa sumisa, que tiene que inclinarse a cada paso, saludar aquí, saludar allí, esperando siempre lo imposible, es decir, la justicia; porque la vida es dura y el Estado es ciego. El resultado de esto lo estimes viendo. Con la ley de instrucción obligatoria todos aprenderán a leer y, acaso, a escribir. Pero el pueblo será siempre la piedra bruta que es necesario pulimentar. Faltará el toque de luz, la educación oportuna de los sentimientos, la formación de hábitos positivos. El maestro en su condición actual no tiene la autoridad moral, y por lo tanto, ni la más pequeña posibilidad de desarrollar íntegramente y acertadamente su trabajo.

Si no se acude a tiempo a remediar este peligro, dejaremos perderse varias generaciones. Da risa observar a los que quieren reformar a Chile con dos o tres leyes de rúbricas sonetas. Hay que ir al fondo, formar maestros de verdad que eduquen al pueblo. Toda renovación tiene que venir de abajo, de los niños, del pueblo. Nuestra vida social oscila entre dos polos: la aristocracia reluciente y el populacho paupérrimo. La primera raída, en su decrepitud irremediable, por múltiples vicios importados de Europa; el segundo deghechado por los tenaces vicios criollos. Ambos deben desaparecer a impulso de la cultura. Solo así creemos un pueblo libre cuando creamos un pueblo moral. La bendición ante todo, que la demás vendrá de añadidura. Debemos sumar nuestro esfuerzo consciente al vago impulso que nos echa hacia adelante, muchas veces a despecho de nuestros niños.

Preocuparnos de los maestros es atender al porvenir de los niños. Masajes de procesos y de instantes en vibrante virtualidad, todas las cosas posibles duermen en una máscara todavía incapaces de sonreír, en sus balbucesos que anuncian el recio canto de la vida. Son ellos, los niños, la prolección de nuestro íntimo anhelo confuso. Lo mejor de nosotros, lo que nunca conseguimos realizar, la palabra que debemos decir y callamos por hastío o por temor, el sueño que no podemos trepar en obra perdurable; objeto según de sus inquietudes próximas, apenas si conseguimos abrir un camino. Ellos deben recorrerlo, agotar sus bellezas infantiles, traspasar nuestro horizonte íntimo. ¿Qué importa la suerte si se salva la esperanza? Ellos son la esperanza. Rápidos que sean superiores a nosotros, más puros, más fuertes, más hombres. ¿No decía Zaratustra que debemos redimirnos en nuestros hijos de ser hijos de nuestros padres? No los entregamos, pues, sino a aquellos que sean también superiores a nosotros: A nosotros en toda la noble plenitud del vegetal. Y a los que tengan la vocación incomparable de ese apostolado, hagámosles, en medio de los mezquindades y turbulencias del egoísmo, un sitio de paz.

Eugenio CERRALLOS R.